

rocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entónces yo aseguro que no muy léjos, dentro de diez años, se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraido mucho en esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interes y compasion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marques.

Yo le dí las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurándole que léjos de fastidiarme su conversacion, siempre me era demasiado agradable por la instruccion que en ella recibia. Con esto se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con Doña Matildita y su niña, y á poco me despedi tambien.

## CAPITULO VIII.

*En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culás y Marantoña.*

Al dia siguiente pasé mi catre, mi baul y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á Doña Eufrosina para que dispusiera el paseo por su parte, y ella contestó que por estar enferma iria en coche con unas amigas suyas; pero que D. Dionisio y Pomposita irian á caballo.

En esa noche se dispuso todo lo necesario en las dos casas. A otro dia oimos misa temprano, y cuando volvimos de la iglesia ya estaba prevenida Doña Eufrosina y sus amigas, D. Dionisio, el anciano eclesiástico, el señor Labin, el Licenciado Narices y algunos otros.

¡Santa Bárbara sea conmigo! dijo Pascual al ver tan grande y lucida comitiva. Todos oimos su desaforado grito, y lo vimos coser la barba con el pecho; pero á ninguno le ocurió preguntarle la causa: tal estábamos de entretenidos.

Se ensillaron los caballos, y el de Pomposita se adornó con un famoso sillón: cada uno fué montando en el que le tocaba. Pero ¡cuál fué mi admiración y la de muchos cuando vimos salir á la niña Pudenciana y á su mamá vestidas con sus túnicas de montar, calzadas con sus zapatos de botín, con acicates de plata, y adornadas sus cabezas con unos gorros muy preciosos!

Inmediatamente que llegaron adonde estaban sus caballos, montaron en ellos con bastante ligereza, y comenzamos nuestra agradable caminata.

El acompañamiento era tan grande y tan lucido, que traía sobre sí la curiosidad de las gentes que encontrábamos por las calles, siendo Matilde y su hija los objetos que mas se llevaban la atención.

Los caballeros que nos acompañaban se deshacían en elogios á Pudenciana, cuyo garbo les era demasiado agradable. Unos decían que parecía una Pálas, otros una amazona; estos, la emperatriz de las Rusias cuando fué al frente de sus ejércitos á atacar á la Puerta Otomana; y todos á porfía la colmaban de alabanzas y le dirigian sus comparaciones mas ó ménos adecuadas, pero segun podian.

Tan repetidas alabanzas lastimaban fuertemente los oídos de Pomposita, quien no pudiendo ya sufrir que ensalzasen tanto á su prima en su presencia, dijo: ¡Qué te parece, niña? Cierto que has caído en gracia á estos señores. ¡Qué bien ha hecho mi tío en enseñarte á andar á caballo como los hombres! Yo la verdad, estoy envidiosa de esa tu rara habilidad, y desde ahora prometo que voy á empeñarme con papá para que Lailson (\*) me instruya en el arte de la equitación, por si algun día me viere en necesidad de hacer maromas en el circo; aunque tú estás muy adelantada, y podrás hacerme el favor de enseñarme.

Pudenciana se puso colorada por la burla de su prima; pero no se atrevió á responderle una palabra. Sus padres iban á tal distancia, que no pudieron oír nada de esto; mas el caballero Labin se encargó de defenderla de este insulto, enfadado por la altanería de Pomposa, á quien dijo: Señorita, tiene V. mucha razón para envidiar la habilidad de esta niña, pues lo es en efecto saber montar á caballo y llevar el cuerpo con la gracia que ella lo lleva. Na-

(\*) *Felipe Lailson, conocido en la Europa y en esta América por su grande habilidad en el arte de Equitación.*

da hemos puesto de nuestra bolsa en alabarla: si V. anduviera así, merecería nuestros elogios igualmente.—¡Ay! yo, ni pensarlo. Dios me libre de ser tan ridícula ni tan machorra que montara á caballo como hombre. Mi papá y mi mamá dicen muy bien, que eso es una indecencia en una muger, y es querer hacerse muy singulares entrar por semejantes monerías.

—Sus padres de V. dirán lo que quisieren; pero pienso que seguramente se equivocan. Yo he andado por diferentes partes de la Europa, donde he visto que casi todas las señoras no montan de otra manera. Aquí en Méjico hemos visto seguir esta costumbre á algunas extranjeras y españolas. Pero prescindiendo de los ejemplos, la razon y la experiencia nos manifiestan la bondad y la inocencia de este uso (\*). El nada tiene de nocivo á la sa-

---

(\*) *El señor Labín tal vez no ignoraría que Dios en el capítulo XXII del Deuteronomio, prohibió expresamente que el hombre se vistiera como muger y la muger como hombre; pero sabía que un caso de necesidad indulta de esta observancia. y el caminar puede ser este caso; por eso defendió la costumbre solo con esta ocasion, dejando á los teólogos la resolucion decisiva de la materia.*

lud, cualidad que no falta á estos sillones (\*). Yo aseguro que con el movimiento del caballo, ya no lleva V. la cintura muy á gusto, y no hemos andado media legua, ¿qué seria en un camino largo?

Tampoco tiene nada de indecente usándose con las precauciones que esta niña. Ya V. habrá visto que apénas se apea, cuando, si quiere, con abrocharse los botones de otro modo, ya está con túnico y enteramente en traje de muger.

Careciendo este uso de las malas cualidades de indecente y nocivo á la salud, tiene las ventajas de facilitar á una muger el cabalgar, de hacerla ménos pesada á los hombres que la acompañan, de proporcionarle la carrera sin riesgo, de librarla por consiguiente de un peligro; y de precaver, aun en el caso de que caiga, que se ofenda su honestidad.

Que me señalen iguales ventajas en el uso de los sillones; y si no las pueden señalar, sujetémonos á la razon, y cuando mas, que no admitan la moda; pero tam-

---

(\*) *Las propensas á hemorragias ó flujos de sangre y las grávidas, pueden resentir el montar á caballo de cualquier modo que sea.*

co se burle nadie de quien la sigue, pues en esto acreditará su necedad. Tan malo es seguir las modas malas por capricho, como no seguir las buenas por preocupacion, y mas cuando la razon nos convence de su utilidad.

Tanto se embobó Pomposita oyendo al señor Labin, que se le cayó el paragua sobre las orejas del caballo. Este, sin embargo de su mansedumbre, se espantó al verse con aquel embarazo delante de los ojos; y sin esperar razones, dió la estampida, y á poco trecho cayó en tierra mi señora D.<sup>a</sup> Pomposa, mal de su grado; pero en tan indecente postura, que cuando ménos, nadie dudó de qué color eran sus ligas. Los mozos corrieron á atajar el caballo, y nosotros fuimos apriesa á socorrer á la desventurada.

Inmediatamente la levantamos y la metimos en el coche. Por fortuna no recibí mas daño que una ligera contusion. Su vanidad sí quedó bien abatida, y mas cuando el señor Labin le dijo: Señorita, siento mucho este accidente, y para que no lo vuelva á experimentar, le aconsejo que aborrezca los sillones, y se acostumbre á cabalgar como su prima, pues así irá

siempre mas segura en los caballos.

Dejámosla con el coche, y continuamos nuestro paseo. El coronel y su esposa se juntaron con nosotros, y fuimos andando y conversando todos alegremente, ménos Pascual, que iba en su mulaca bizbajo y pensativo sin hablar una palabra, manifestando que alguna pesadumbre oprimia su corazon.

El coronel reparó en su tristeza, y acordándose de la fervorosa exclamacion que acababa de hacer en Méjico á Santa Bárbara, no pudo ménos sino preguntarle con el mayor empeño la causa de su afliccion. ¿Qué tienes, Pascual, le decia, estás enfermo?—No, señor.—Te has arrepentido de que se case Culás?—¡Ojalá fuera ese mi cuidado!—¿Te falta dinero para alguna cosa precisa?—Aunque me falte y aunque lo tenga, de nada me sirve agora.—¿Pues qué tienes, hombre? ensánchate, á ver si podemos consolarte.—Apurarme mas podrán sus mercedes por ora; pero eso de consolarme, ¿cuándo?—¿Conque nosotros podemos afligirte? ¿De qué modo? Vamos, explícate, no nos tengas en duda de ese enigma.

—Pues señor amo, si no se ha de eno-

jar su mercé, voy á confesarle la purísima verdad, aunque me cueste harto trabajo decirlo, pero por eso se dice que mas vale vergüenza en cara, que rencilla en corazón: y que es mas mejor ponerse una vez colorado que ciento descolorido, pues al buen pagador no le duelen prendas....

—Vamos, hombre, acaba con tantos refranes, que te nos vas volviendo Sancho Panza entre las manos. Despacha, ¿qué es lo que tienes? ¿qué te aflige?

—¡Qué me ha de apurar, señor! ya sabe su mercé como el diablo que no duerme hizo que mi muchacho Culás viera de buen ojo á Marantoña, esa que va á ser su muger agora mismo; y luego que me lo dijo, le dije yo: Hijo, yo estoy opuesto á cuanto tú quieres porque la muchacha es buena; y mas mejor es que te cases que no te quedes ansina; y yo luego luego dí traza para pedírsela á su padre el tio Benino, quien no se hizo mucho de rogar, y como ya todo estaba de punto, quije que no quise fué menester buscar dinero, porque para todo queren dinero en esta triste vida, y por el dinero baila el perro, como su mercé sabe....

Estimo tus favores, dijo el coronel; pe-

ro sigue tu cuento sin rodear tanto, pues segun vas pienso que no lo acabas en ocho dias....

El eclesiástico y los demas señores suplicaron á D. Rodrigo que dejase hablar á su criado quanto quisiera, y que se explicara conforme fuera su gusto, porque ellos no lo recibian ménos al escucharlo. El coronel dijo á Pascual que continuara, y este con la misma sencillez que comenzó, prosiguió su cuento de esta manera: Pos señor, como era menester dinero, ¿que hago? Cojo y vendo un burro mestro, con perdon de sus mercedes, y dos vacas paridas, que por todo me dieron treinta pesos; á juera de esto, empuñé las tierritas de Culás en veinte pesos, que hacen treinta.... cuarenta.... cincuenta pesos; y como no alcanzaba para los gastos, se acordará su mercé que le pedí veinticinco pesos prestados, que son cincuenta.... sesenta.... setenta.... setenta y uno, setenta y dos, setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco pesos cabalitos, sin medio mas ni medio ménos; y de este dinero gasté diez y seis pesos que le dí al señor cura por el casamiento; seis varas de indianilla para la novia, que costaron á once reales y medio ca-

da vara: que son . . . seis pesos por un lado, y seis pesetas . . . ¡Válgame Dios! seis pesetas, y luego seis reales y seis medios . . . En fin, señor amo, agora no puedo ajustar la cuenta; pero allan casa con mis frijoles y mis habas se las ajustaré en un brinco, porque los frijoles son reales y las habas pesos: y ansina se cuentan ocho frijoles y se aparta una haba, se cuenta otros ocho y se aparta otra haba, y en una carrera se ajusta cualquier cuenta.

No pudo ménos Pudenciana que reirse grandemente del modo de contar de Pascual, y se acordaba con agra decimientto de las reflexiones que su papá le habia hecho cuando la enseñó á valerse de los números.

Pascual que no entendia lo que hablaban, y que ya rabiaba por contar el motivo de su afliccion, dijo: Perdone su mercé que la encuarto; pero yo he gastado todo ese dineral, pensando quedar bien debajo de ser un pobre; pero como no hay gusto cumplido en esta triste vida, de una hora otra se me cayó el gozo en el pozo, porque la verdad, yo pensé que vinieran solo sus mercedes y la señora D.<sup>a</sup> Frosina y su niña; y me voy jallando esta mañana

con todo el patio lleno de gente, y estoy que se me qué la cara de vergüenza, al ver que agora vamos entrando en Tacubaya con coche y tantos caballos, y señores y señoras tan decentes, que parece que van al casamiento de la vireina, y todo el pueblo se alborotará; y yo quijiera quedar bien, y en esto que no alcanza la comida, pues cuando mas y mucho habrá para veinte almas, y solo aquí vamos mas de los veinte, ajuera de los parientes y conocidos que estan allán casa, que no sé como nos vendrá la gurupera. Vea su mercé si mi apuracion es moco de pavo, y si tengo razon no digo para ir triste, sino para llorar lágrimas de sangre; porque será bravo dolor que despues de despulsarme por quedar bien, no tenga agora ni que darles que comer á estos señores, que para su mercé no faltará.

Rieron todos á carcajada suelta luego que Pascual acabó su relacion, porque al concluirla miró á todos, suspiró y puso una cara de jugador cuando se le arranca el último peso, y no tiene á quien pedirle.

La bulla y algazara que armaron fué tal, que la oyó Eufrosina, quien hizo parar el coche para informarse del motivo. Se lo

contó el señor Labin en dos palabras, y todas las niñas que iban en el coche alteraron en la risa con los hombres.

Pascual no dejó de ciscarse, y no quisiera verlos tan alegres á su costa. El coronel advirtió la incomodidad de Pascual, y para sosegar un poco la risa general, llamó la atención de todos, diciendo: Señores, la candidez del pobre Pascual me trae á la memoria el cuentecillo de aquel rey que habiendo salido á caza, le anocheció, y perdido sin encontrar el camino real, no tuvo otro arbitrio que hospedarse en un cortijo ó rancho miserable, donde los monteros, soldados y criados acabaron con cuanto habia para dar de cenar al rey y su corte, y cenar ellos. Pasó la noche, y el día siguiente al despedirse el rey del pobre viejo, dueño del rancho, le dijo que le pidiese alguna merced. El entonces con las lágrimas en los ojos le dijo: Señor, el mayor favor que pido á vuestra Magestad, es que en la vida me vuelva á hacer otra visita, porque si en una noche han destruido sus criados todo el fruto de mi trabajo de muchos años, en asegurando otra visita, me echará vuestra Magestad á pedir limosna con mi familia.

Al rey le cayó en gracia la ingenuidad y sencillez de aquel labrador, y le dejó consolado, resarciéndole sus pérdidas generosamente. Tú, Pascual, consuélate también, y está seguro no solo de que alcanza la comida que has dispuesto, sino que sobra; porque todos estos señores son de muy poco comer. No calmó mucho esta esperanza la tristeza de Pascual; y así continuó en silencio y con su cara de hierro, hasta que llegamos á Tacubaya.

Poco ántes de las nueve de la mañana serian cuando entramos en aquel ameno pueblecito, y al instante comenzaron á repicar en la parroquia. Muchos creyeron que el repique era por nosotros; mas se engañaron, pues fué el primero para llamar á la misa mayor, y estaban avisados los campaneros para que luego que entrásemos repicaran.

Pascual queria que los cocheros se dirigiesen á su casa; pero el coronel mandó que fuesen á las casas curales. El párroco, que habia sido condiscípulo del coronel, y era muy su amigo, le recibió con la familiaridad mas cariñosa, y con mucha atención á los demes señores.

D. Rodrigo advirtiéndole que ya se acer-

caba el tiempo de la misa, trató de que fuésemos á la casa de la novia para conducirla á la iglesia.

Ya estaban esperándonos los novios, sus padres, amigos y parientes. Culás estaba de gala con sus calzones de pana azul galoneados y bien surtidos de botones de plata: unas buenas botas picadas y bordadas de oro y azul: sus zapatos abotinados de cordovan, de los que llaman de boca de cántaro: una muy curiosa cotona de indianilla verde guarnecida de listoncito de color de rosa: su mascada del mismo color: su sombrerito redondo, pardo y con toquilla y galon de plata, concluyendo este lujo con una famosa manga de paño azul con dragona carmesí y galones y flecos de oro.

La novia no estaba ménos decente en su clase, porque tenia un traje de india fina de fondo lacre: su mascada de las que llamaban de arcoiris: sus aretes de piedra inga muy relumbrantes: unos tres ó cuatro hilos de perlas finas, aunque menudas, sus cintillos de iguales piedras que los aretes: una porcion de listones en la cabeza que sujetaba una peineta de carey; y remataba su compostura con unas medias de seda nueva de primera, y unos zapatos de

raso color de rosa bordados de plata.

Culás era un moceton alto y bien formado, rubio y como de veinte y seis años de edad; y Marantoña, como le decia Pascual, seria como de diez y ocho ó diez y nueve, gordita, no muy alta, pero sí blanca, güera, colorada y con unos ojos grandes y negros, los que juntos á una buena tez de cara y á una boca pequeña, encarnada y habilitada de buenos dientes, hacian una figura agradable.

Luego que pasaron las humildes saluciones de todos aquellos pobres, sacó D.<sup>a</sup> Eufrosina un túnico negro, una mantilla y un abanico: todo muy bueno, como que era de gala, y queria que lo luciera la ahijada de su hermana; pero esta luego que entendió que la iban á vestir con aquella ropa, poniéndose mas colorada de lo que era, le dijo: ¡Ay! no señora; yo con su licencia no me pongo esos sacos prietos. Esos se quedan para las señoras como su mercé; pero ¡para mí que soy una pobre paya! En mi vida me he puesto eso: ¡qué dirán mis amigas si me lo ven puesto? Ya parece que las oigo. Dirán: Mire la ranchera motivosa: ayer andaba arreando vacas con sus naguas de gerguetilla, y agora sa-

le izque con túnico negro, como una marquesa ó una conda. Así dirán, y otras cosas mas peores. Conque no señora: yo iré á la iglesia con mi rebozo de seda que me ha comprado mi señor padre, y que se queden esos vestidos para los ricos, ó para los pobres que quieran ser ridículos.... ¿Pero esto como se tré? Preguntaba por el manejo del abanico. Se lo enseñó Eufrosina, y ella abriéndolo con las dos manos, se soplabá con mucha gracia, y decía: *Pos mire, este sí que es un bonito aventador.* ¡Ay! cuánto muñequito tiene! cuántas florecitas! y qué varitas tan doradas! Este sí lo llevaré para soplar me en la iglesia ansina que me apüre la calor.

Todas se reían por la sencillez de María Antonia, quien hubiera llevado el abanico como decía, si se lo hubieran dejado; pero Da Matilde le dijo: Hijita, esto no lo puedes llevar si no te pones el túnico negro y la mantilla; y á mas de esto era menester que lo supieras manejar con garbo y con una mano, porque si no, te harían burla cuantos te vieran—¡Oh! pos en siendo ansina, masque nunca lo lleve: que se quede ahí, que á bien que si me apurare la calor, me soplaré con la punta de mi rebo-

T 2°

P. 198.



*Este sí que es un bonito aventador.*

zo, que esa sí la sé menear bien con una mano y sin miedo de que se quebre, como puede suceder al aventador pintado.

El coronel dió prisa á las señoras para que nos fuéramos á la iglesia porque ya se habia dado el tercer repique para la misa, y así, poniéndose Marantoña su rebozo, se dirigió la comitiva para la iglesia.

En el camino decia el coronel á Doña Matilde: ¿Has de creer que me gusta la novia?—¡Hola! ¿te gusta? pues cástate con ella. . . . No es eso lo que te digo: me agrada en ella su carácter sencillo y su juicioso modo de pensar. ¿No oiste que oportuna leccion de conformidad dió á mas de cuatro que la escuchaban cuando rehusó ponerse el túnico negro? Esta es mucha humildad y moderacion en una payita jóven, de quien se debia esperar que estuviera deseosa de parecer bien y de componerse, aunque fuera de prestado, como lo hacen tantas aunque no estén de boda; pero Maria Antonia ha conocido la vanidad de este deseo, y no quiere exponerse á que sus iguales, envidiosas de su decencia, se la murmuren llamándola rota y motivosa, como ella misma dice.

Como la iglesia estaba inmediata á la casa de donde salimos, no tuvo tiempo el coronel para hablar mas sobre esto, y mucho ménos, porque luego que de la torre nos vieron ir, hicieron señas de dejar. Con esto nos apresuramos.

Estaba ya el cura revestido, y luego que entraron los novios y padrinos, procedió á las sagradas ceremonias del matrimonio, y cantó la misa despues de ellas. Concluida, salió de la sacristía y nos condujo á todos á su casa.

Pascual estaba entreverado, unas veces alegre y otras triste, acordándose de que no alcanzaba su comida para tantos, y mas triste se ponía al acercarse la hora de almorzar.

¡Pero cuál fué su sorpresa y su alegría cuando oyó decir al cura: Señores, vamos á la huerta á tomar alguna cosita, porque ustedes ya lo han de menester, como que madrugaron y han caminado aunque poco! Diciendo esto, se levantó el cura de su asiento, hicimos todos lo mismo, y nos dirigimos á la huerta.

Al entrar en ella se acabaron de transformar Pascual, los novios, sus parientes, y poco faltó para que á nosotros sucedie-

ra lo mismo, al ver la magnífica sencillez con que estaba todo prevenido.

La naturaleza por una parte, y por otra la curiosidad del cura, habian formado en aquel frondoso sitio una huerta útil y un pensil ameno y delicioso. Las varias frutas que matizaban el alegre verde de los árboles, colocados en bien dispuestas calles; las diferentes flores que adornaban una multitud de arreates y tiestos curiosos; los agradables aromas que las yerbas y rosas exhalaban; el gorgceo de mil hermosos pajarillos que trinaban alegres saltando de rama en rama; el suave murmullo de las cristalinas aguas que se deslizaban por los caños para regar las plantas y las flores, y el conjunto de todas estas cosas, halagaban los sentidos y suspendian el espíritu dulcemente.

En medio de la huerta estaba una graciosa fuente, y á su lado se formaba una hermosa galería en las que estaban colocadas las mesas en donde se habia de servir el almuerzo.

Mil lazos de amapolas, súchiles, claveles y rosas se entretejían con el méjor orden de un árbol á otro, fingiendo las paredes del salon, y haciendo un tapiz tan